



Capítulo VI

EL SIGLO XVIII

Del máximo aumento numérico a las supresiones napoleónicas (1810)

Características del siglo. Los priores generales del siglo XVIII. El culto a nuestros santos y beatos y la canonización de San Peregrino y Santa Juliana. Los estudios de la Orden hasta el Methodus de fray Francisco Raimundo Adami. Los Siervos de María hacia 1750. Las influencias que tuvo en la Orden la situación política de Europa hasta las supresiones napoleónicas. Las figuras más notables de los siervos en el siglo XVIII.

Características del siglo

Al observar los hechos, los hombres y la vida de los religiosos en este siglo, se tiene la impresión de la sucesión y también de la mezcla de elementos opuestos y hasta contradictorios. En la primera mitad del siglo, se alcanza el mayor aumento numérico que la Orden haya visto en toda su historia. Sin embargo, a fines de este siglo y en la primera década del siguiente, a causa de las supresiones vera desaparecer muchos de sus conventos y la dispersión de gran cantidad de religiosos.

Durante el Siglo de las Luces guiaran la Orden priores generales de gran prestigio, algunos de los cuales serán nombrados después obispos o elevados a la dignidad cardenalicia. Con todo, casi siempre será el papa quien los escoja para seguir los destinos de la Orden, no el Capítulo general. Por lo demás, en el siglo XVIII se celebraran apenas doce de los diecisiete capítulos generales que debían llevarse a cabo.



La primera mitad del siglo se caracteriza por un extraordinario dinamismo: se suceden las disposiciones y decretos en apoyo de los estudios; florece mucho el culto a los santos y beatos de la Orden (se canoniza a Peregrino Laziosi y a Juliana Falconieri, se intensifica el culto de los Siete Fundadores y el de algunos beatos). Algunos siervos de María participan en las misiones oficiales de la Santa Sede; casi al iniciarse el siglo, fray Juan Domingo Fabris y Sostenes M. Viani forman parte de la legislación pontificia que llega a China para tratar la espinosa cuestión de los "ritos chinos". A fines del siglo fray Carlos Francisco Caselli, ex prior general, será consultor teológico de Spina en las negociaciones concordatarias entre Napoleón y la Santa Sede. Mientras Caselli recibe distinciones de Bonaparte, otro siervo de María, fray Amadio Bertoncelli, es fusilado el 16 de septiembre de 1809 por órdenes de Napoleón y otro religioso, el obispo de Sansepolcro (fray Roberto M. Costaguti), se

niega a rendir el juramento a Napoleón y rechaza la legión de honor que le había concedido el emperador.

En el siglo XVIII no faltan tampoco figuras que bien podríamos calificar de "mundanas": desde el músico fray Atilio Octavio Ariosti hasta el escultor José Salvetti, desde el literato fray Alejandro M. Bandiera hasta el historiador fray José Jacinto M. Bergantini, desde el polifacético fray Luis Baroni hasta el genial apasionado de la aeronáutica fray José Antonio Brusa.

A sabiendas de cuán difícil es ofrecer una síntesis orgánica de los hechos y aspectos de la vida de la Orden en este siglo, procuraremos reunirlos en los siguientes temas: priores generales del siglo XVIII; el culto a los santos y beatos y la canonización de Peregrino Laziosi y Juliana Falconieri; los estudios en la Orden hasta la elaboración del Methodus, de fray Francisco Raymundo Adami; el influjo que tuvo en la Orden la situación política de Europa hasta las supresiones napoleónicas, y las figuras más notables de los Siervos de María en este siglo.

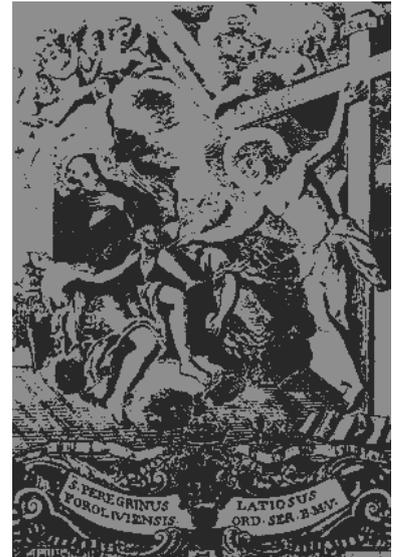
Conviene tener presente que, en la historia escrita de la Orden, el siglo XVIII, y especialmente la segunda mitad, constituye una verdadera laguna si se exceptúan algunas monografías escritas con gran rigor. Así pues, las carencias que necesariamente se advertirán y algunas inexactitudes respecto a ciertos aspectos de la vida de los religiosos se deben a la imposibilidad de presentarlos con suficiente seguridad.

Los priores generales del siglo XVIII

Al prior general fray Juan Francisco M. Poggi, de quien hemos hablado antes, le sucedió fray Calixto Lodigieri (m. 1710), maestro de teología en el Colegio de Gante en Roma. Muchos de sus discípulos ocuparon después ese cargo. Antes que Lodigieri terminase su gestión, en 1707 fue elegido obispo de Montepulciano. Para que lo sucediera, el papa nombró a fray Juan Pedro Bertazzoli. Este fue confirmado durante el lento y difícil Capítulo general celebrado en 1708 (hacía dieciocho años que no se realizaba uno). Durante el generalato de Bertazzoli se construyeron un hermoso convento y la iglesia dedicada a la Virgen de los Dolores (Addolorata) en el centro de Massa, su ciudad natal. Murió poco antes del Capítulo general que había convocado para celebrarse en Massa en 1714. El Capítulo general tuvo lugar pero no allí sino en Roma, donde se realizaran todos los capítulos generales de este siglo. En el efectuado en 1714 fue elegido prior general fray Antonio M. Castelli, cuyo nombre está ligado al establecimiento de normas muy precisas para las casas de estudio y, como varios de sus sucesores en este siglo, a la difusión de la devoción de la Virgen de los Dolores: obtuvo autorización para poder celebrar en el viernes de pasión el oficio y la misa en todos el Capítulo general de 1720, cuando fue elegido prior general fray Sostenes M. Cavalli. Ambos se dieron a la tarea de mejorar los estudios en la Orden. Durante su generalato se publicó en tres densos volúmenes la segunda edición de los Annales, actualizados hasta 1725, fecha en la cual habían sido interrumpidos sin que volvieran a reanudarse en el futuro. Cavalli comisionó al analista fray Placido M. Bonfrizieri para redactar un *Diario sagro* que incluyese a todos los santos, beatos y siervos de Dios de la Orden, exhortando además a los frailes a leerlo y estudiarlo. Declaró al beato Alejo Falconieri patrón de los estudiantes de la Orden (1724) y en 1725 consiguió que el altar de la Virgen de los Dolores de todas las iglesias servitas fuese "privilegiado" todos los días. Un año antes de concluir su período, Cavalli fue nombrado obispo de Gubbio, donde falleció en 1747.

Le sucedió en el cargo fray Pedro M. Pieri quien lo desempeñó nueve años (1725-1734), hasta que fue creado cardenal por Clemente XII. Había sido elegido prior general por Benedicto XIII. Conocido por ser un gran estudioso y miembro de varias Congregaciones romanas, Pieri obtuvo para la Orden varios privilegios pues desde hacía mucho gozaba de gran consideración en la Santa Sede. Entre los privilegios cabe mencionar los siguientes: la exención de la jurisdicción de los ordinarios y la subordinación directa de las religiosas "terciarlas" a la Orden; el derecho a tener "in perpetuo" un consultor en la Sagrada Congregación de los Ritos; la aprobación del texto de las Constituciones de la Observancia alemana (1727); la extensión a toda la iglesia del oficio de la Virgen de los Dolores el viernes de Pasión (1720). Durante su gestión, como veremos luego, fue canonizado S. Peregrino

"El primer proceso diocesano referente al culto desde tiempo inmemorial se inició el 30 de julio de 1608, con el reconocimiento canónico de los restos sacros. Una vez transmitida la causa a la Congregación de los Ritos y comisionada a San Roberto Bellarmino para que la estudiase, el 21 de marzo de 1609 se consiguió una respuesta favorable. Por tanto, el 15 de abril concedía Pablo V introducir en el martirologio el nombre del Beato Peregrino junto con el del Beato Joaquín de Siena. Las primeras peticiones de la canonización fueron presentadas a Urbano VIII en 1644, con el apoyo de la República Véneta y de la duquesa de Mantua. Pero fue Inocencio XII quien, en 1696, autorizó la apertura de un segundo proceso diocesano, el cual terminó entre el 19 y el 21 de junio del mismo año, siendo aprobado por la Congregación de los Ritos el 26 de agosto de 1702. El decreto relativo a las virtudes heroicas fue expedido el 23 de agosto de 1720; el referente a los milagros se publicó el 4 de diciembre de 1720. Peregrino Laziosi fue canonizado el 27 de diciembre de 1726, junto con San Juan de la Cruz y San Francisco Solano" .



Según la costumbre de la época, el "octavario" para celebrar la canonización revistió gran solemnidad, sobre todo en Roma. Lo anterior se deduce de la factura de gastos que todavía se conserva en el archivo conventual de San Marcelo en Roma, en la cual están anotados los honorarios de pintores, artesanos y otras personas que prestaron sus servicios en aquella ocasión.

Con la muerte de Benedicto XIII se pospuso la canonización de Santa Juliana Falconieri. Tuvo lugar once años más tarde. He aquí lo que dice al respecto David M. Montagna: "el verdadero culto litúrgico comenzó sólo después de la aprobación canónica (beatificación) en 1678, luego que un intento de proceso a principios del siglo XVII se había frustrado apenas iniciado. La causa de la canonización comenzada en 1694 no llegó a término sino en 1737, no sin antes examinar dos memoras apócrifas que supuestamente eran del siglo XIV" .



Sant'Ángelo en Vado (1775) .

En el siglo XVIII, aumentó el culto a otras figuras de la Orden. En 1717 se aprobó el culto al Beato Alejo, el último de los Siete Santos Fundadores; en 1725 se aprobó el de los otros seis. En 1728 se autorizaron el oficio y la misa propia de los Siete Fundadores y su fiesta se fijó para el 11 de febrero. En 1737 y en 1743 fueron obtenidas, respectivamente, las aprobaciones del culto del Beato Juan Ángel Porro y el Beato Francisco de Siena. La causa de la canonización de los Siete Fundadores habría llegado a feliz término si, bajo el pontificado de Benedicto XIV, no se hubiera insistido en la necesidad de varios milagros "individuales". Esa condición mantuvo bloqueada la causa hasta 1884.

En la segunda mitad del siglo XVIII se logró también la aprobación del culto (equivalente en este y en otros casos más o menos a la beatificación) de los Beatos Santiago Felipe de Faenza (1761), Tomás de Orvieto (1768) y Jerónimo de

Durante 1983 fueron publicadas interesantes aportaciones referentes al Beato Santiago Felipe de Faenza, con motivo de las celebraciones organizadas en Faenza en su honor y los estudios publicados con tal motivo. Ya hemos mencionado la monografía del Beato Jerónimo aparecida en 1982.

Los estudios en la Orden antes de la aparición del Methodus de fray Francisco Raymundo Adami

Una tesis de doctorado, defendida en la facultad de ciencias políticas de la Universidad de Padua en octubre de 1980 por Pedro Benassi y dedicada a la "formación cultural" de fray Carlos Francisco Caselli (1740-1828), resume ampliamente los datos comprobados referentes a la condición de los estudios de la Orden en el siglo XVIII. Luego de haber recordado las iniciativas en este campo por parte de los priores generales Antonio M. Castelli (1715), Pedro M. Pieri (1725) y Giuseppe M. Inghirami Curti (1734), el ensayo presenta las disposiciones y los decretos concernientes a los estudios, emanados por el Capítulo general de 1750, los decretos ulteriores del Capítulo general celebrado en 1762 y, por último, el programa detallado de estudios (*Methodus studii philosophici et theologici...*) editado por fray Francisco Raymundo Adami en 1769. El conjunto de tales datos permite hablar de una verdadera *Ratio studiorum* en la Orden, hacia la mitad del siglo XVIII.

Los criterios de estudio fijados, la orientación cultural predominante en la época, el rigor de la evaluación de la preparación de los estudiantes permiten describir algunos lineamientos interesantes de la "cultura" de los Siervos de María en este siglo.

Ante todo, al parecer podemos afirmar que la reestructuración "obligatoria", efectuada en la segunda mitad del siglo y ya con una mejor organización de la Orden sobre todo en Italia, había hecho dar prioridad a las casas de formación encauzando un número creciente de religiosos a los estudios. En segundo lugar, el análisis del *Methodus* redactado por Adami (que incluye las materias, los autores en quienes estudiarlas, los errores que deben rechazarse, las "novedades" que han de aceptarse; el tipo de preguntas establecidas para los exámenes finales) deja entrever la prevalencia de una mentalidad ecléctica y, a la vez, abierta a las orientaciones de estudio.

"Del *Methodus* de Adami no se deduce la adhesión a una escuela, sino más bien la confirmación de una prerrogativa tradicional en la Orden de los Siervos de María: refutar una orientación exclusivista. En cambio, cuando las indicaciones son formales, predomina la preferencia por la teología positiva, mejor dicho histórica".

Por lo demás, se verá que las mismas figuras notables en este siglo sobresalen por su "diversidad", confirmando así que siempre predominó la apertura sobre la rigidez en las orientaciones y que la individualidad superó a todas las "escuelas", aún en una época en que numerosos exponentes de la Orden ocupaban importantes cátedras en las principales universidades italianas.

Conviene señalar, dentro del contexto de un renovador impulso a los estudios, la aportación de los religiosos de la Observancia alemana. No pocos fueron los autores en este siglo que se distinguieron por un gran valor en el campo teológico y ascético.

Los Siervos de María hacia 1750

El cuadro anexo se confeccionó según un elenco de conventos (agrupados por provincia y con la indicación del número de religiosos), publicado en el volumen XX de la colección histórica *Monumenta Ordinis Servorum sanctae Mariae*. Como hemos dicho antes, a un siglo de la reestructuración "obligatoria" de 1652, que culminó en la clausura de 84 conventos en Italia, la Orden tuvo un incremento notable en el número de religiosos. Probablemente la cifra aquí transcrita indica la cantidad más alta que alcanzó en sus 750 años de historia.

Provincias	Número de frailes	Provincias	Número de frailes
Toscana	289	Napolitana	106
Romana	195	Córcega y Cerdeña	98
Romaña	205	Alemania	348
Lombardía	224	Bohemia	110
Marca Trevisana	96	Provenza	22
Véneta	167		

Mantovana	395	España	203
Genovesa	206	Ermitaños	67
Total			2731

Influencias que tuvo en la Orden la situación política europea hasta las supresiones napoleónicas

Desde los últimos treinta años del siglo XVIII hasta los días que siguieron a la caída de Roma (1870), la Orden conoció una serie de supresiones de conventos que diezmo su presencia en Europa. Cronológicamente, se dieron primero las supresiones en los territorios del imperio de los Habsburgo, luego vinieron las de Napoleón Bonaparte y, por último, las del Estado unitario italiano. En el período que nos interesa, nos ocuparemos principalmente de las supresiones realizadas en los territorios sometidos a Austria y de las de Napoleón Bonaparte. Las primeras se indican habitualmente haciendo referencia al "josefinismo", es decir a la política del emperador José II, sucesor (1780) de María Teresa de Austria, pese a que tal política ya había tenido manifestaciones esporádicas bajo María Teresa. Las supresiones, como se verá al hablar del siglo XIX, afectaron también a los conventos de España. Si se recuerda que los religiosos vivían en los territorios en que Reglan tales políticas, será fácil imaginar el influjo que esto ejerció sobre la vida de la Orden.

Cabe señalar que la prolongación de las supresiones en algunas regiones ocasiono la dispersión de los documentos de archivo y, por lo menos en parte, explica la dificultad de encontrarlos en la actualidad. En consecuencia, también en lo tocante a los Siervos de María, la documentación relativa a su historia en esa época es bastante escasa y ha sido estudiada muy poco. Han publicado apuntes o notas y también colecciones varios autores de la Orden, entre ellos Graciano M. Casarotto y David M. Montagna respecto a la provincia romana, Gabriel M. Rocca respecto al convento de la Ghiara en Reggio Emilia.

En fin, recordamos que la suerte de muchos conventos durante la supresión fue compleja: algunas veces, ciertos frailes "secularizados" lograron permanecer en la Orden; otras veces se realizó la transición al clero seglar, pese a que los bienes de los religiosos fueron confiscados y enajenados, como puede haber sucedido (el dato es muy reciente) con Pedro Ricasoli, de la Provincia Toscana, quien habiendo tornado partido por las tropas francesas se vio obligado después a refugiarse en Francia. Aquí, en 1816, era párroco de Villemomble (un pueblo al noreste de Paris, que fue sede desde 1928 de una comunidad de religiosas Siervas de María llamadas de Londres. En ocasiones, especialmente en Italia, la supresión tuvo efectos menos duros debido a la situación particular de las localidades.

No obstante, teniendo presentes los datos antes mencionados, es posible fijar algunos puntos con bastante claridad.

Los conventos de los Siervos de María comprendidos en el área de los Habsburgo, sufrieron la más severa represión (ya en 1772 hubo manifestaciones esporádicas) a partir de 1781-1783, cuando ocurrió el llamado "ataque josefinista" contra los conventos, es decir, la segunda oleada de supresiones tras la muerte (1780) de María Teresa de Austria. Con anterioridad, en 1772, habían sobrevenido las supresiones en la República Véneta. Además, desde 1770 habían desaparecido los conventos de Provenza, aunque (como admite Conrado M. Borntrager), para los conventos franceses de Provenza el decreto de supresión se limito a "sancionar una situación de hecho".

Fue muy elevada el número de conventos y monasterios suprimidos con la oleada josefinista ya mencionada y con la segunda. En concreto, si se atiende a las disposiciones restrictivas dictadas después por José II, las tres provincias de la Observancia alemana (Tirol, Austria y Bohemia) perdieron la mitad de los treinta conventos con que contaban aproximadamente, pero el josefinismo las desmembró también en su interior provocando la casi total pérdida de vocaciones.

También fueron suprimidos algunos conventos de Lombardía (ya hablamos de la República Véneta); pero debe señalarse que, al estallar la Revolución Francesa y al iniciarse el período

napoleónico, los Habsburgo hubieron de atenuar la aplicación de las normas josefinistas todavía vigentes.



La supresión, o mejor dicho las supresiones napoleónicas, pasaron por diversas fases. Recordaremos por lo menos las siguientes: la fase que coincidió con la primera campaña de Napoleón en Italia, la correspondiente a la constitución de la "República Romana" y, en fin, el decreto del 17 de abril de 1810, con el cual Napoleón suprimía todas las órdenes regulares, masculinas y femeninas, existentes en los estados ocupados por sus tropas. Estas fases se caracterizan por una intensificación constante. Al inicio se comenzó expulsando a los religiosos "extranjeros", o sea los que no eran originarios del lugar donde habitaban, después vino la confiscación de los bienes de los conventos y el mantenimiento de los religiosos con una especie de pensión. A continuación se suprimieron los conventos, aún los formados por religiosos oriundos de la localidad, que no contasen con un mínimo de tres frailes (lo cual se verificaba fácilmente luego de expulsar a los "extranjeros"). Por último, en 1810 se emprendió la supresión global, cuya gravedad no fue atenuada sino por su breve duración, es decir, hasta que decayó el imperio de Napoleón.

A las leyes sobre los "nativos" y "extranjeros" estaban sujetos también los superiores. Se excluía así toda posibilidad de llevar a cabo capítulos generales y provinciales. La confusión entre los siervos de María fue enorme, sobre todo en el período (entre la segunda y tercera fase señaladas con anterioridad) en el cual el estado pontificio estuvo bajo el poder de las tropas francesas y fue sometido a las leyes de la supresión. Las peripecias de Pio VI y de Pio VII reflejan con realismo la situación general.

En relación con el período comprendido entre 1809 y 1814 y con lo que sucedió en el Capítulo general escribe Odir J. Días: "Apenas cinco días después de la anexión de Roma, hecho acaecido el 10 de junio (1809), el prior general fray Luis Bentivegni, junto con otros superiores generales, cayó preso en Castel Sant'Ángelo, donde sin embargo parece que continuo ejercitando en cierto modo su actividad. El 10 de julio Napoleón escribía desde Schönbrunn a su ministro de finanzas lo siguiente: "Escribe al general Miollis y al consejo que envíen a Paris a todos los generales de las órdenes monacales, alejando así de Roma este estado mayor". El grupo, en el cual se encontraban Además de Bentivegni los superiores generales de los franciscanos, de los conveítales y de los carmelitas, salió de Roma el 14 de agosto, pasando por Florencia, Génova y Alejandría, y llegó a Paris el 19 de septiembre.

"Por el mismo tiempo fue presentada una petición en la cual Bentivegni, expulsado de Roma y obligado "a retornar a Paris", solicitaba que se ampliases hasta su regreso las facultades obtenidas por él en el 22 de abril de 1808. Es decir, poder seguir ejerciendo su cargo en cualquier lugar, mientras

no le asignaran un sucesor o mientras la Santa Sede no dispusiera lo contrario. También solicitaba poder delegar todas las facultades concernientes al gobierno y a la administración de la Orden. Su petición recibió una respuesta favorable el 2 de septiembre. El procurador general fray Felipe M. Dini sería entonces nombrado vicario general por el mismo Bentivegni; se le consideró vicario por lo menos desde el 28 de septiembre en adelante y con este título gobernó la Orden hasta el mes de junio de 1810, cuando las órdenes religiosas fueron suprimidas en los estados pontificios".

Un registro de la Provincia Romana narra en los siguientes términos los acontecimientos de aquellos años: "*Quot, et qualia vidimus, ac passi sumus nostris temporibus, a saeculo non es auditum*" (Nadie creería las cosas que hemos visto y sufrido en nuestra época). Mientras Roma y casi toda Italia estaban invadidas en 1809 por las tropas francesas bajo las órdenes del emperador Napoleón I, mientras se hallaba preso y deportado el sumo pontífice Pio VII, así como los eminentísimos cardenales, obispos y prelados, con el decreto del 17 de abril de 1810 ordenado por Napoleón fueron suprimidas todas las órdenes regulares de ambos sexos que existían en los estados ocupados por sus tropas. No es fácil describir las ruinas de las provincias y conventos en una época tan aciaga y terrible. En gran parte fueron dilapidadas y vendidas sus posesiones, arrasados los locales; en una palabra, quedaron en el abandono y sufrieron el exterminio. Y este es el motivo por el cual de 1810 hasta el momento actual (1814) no se han podido consultar las actas antiguas de nuestra provincia".

Como veremos al hablar del siglo XIX, la situación tan crítica de la Orden habría podido resolverse en forma bastante satisfactoria después de 1815, si cerca de medio siglo más tarde las ulteriores supresiones por parte del Estado italiano no le hubieran infligido un nuevo y gravísimo golpe.

Las figuras más notables de los Siervos de María en el siglo XVIII

Dedicaremos una sección entera a este tema, con el propósito de darle mayor unidad a un panorama general de la vida de la Orden en el siglo XVIII.

Nos detendremos brevemente en 108 siguientes aspectos: la participación de fray Juan Domingo Fabris y fray Sostenes M. Viani en la legación de Carlos Ambrosio Mezzabarba en China; los analistas fray Luis Garbi y fray Placido M. Bonfrizieri; fray Hugo M. Días Quaresma, de Brasil, y la proyectada fundación de la Orden en Brasil; la actividad misionera en China realizada por fray Felipe M. Serrati; sor Elegida de Jesús, fundadora del monasterio de las Siervas de María en Baviera; el obispo terciario Manuel Fernández de Santa Cruz y la difusión de la Tercera Orden en México; fray Carlos Francisco Caselli y fray Amadeo Bertoncelli; las fundadoras de los monasterios claustrales de las Siervas de María en Roma y en Reggio Emilia; algunas figuras sobresalientes de estudiosos y artistas (fray Atilio Octavio Ariosti, fray Alejandro M. Bandiera, fray José Jacinto M. Bergantini, fray Luis Baroni, fray José Salvetti, fray José Antonio Brusa y otros).

Una reciente tesis de doctorado, todavía inédita, cuyo autor es fray Tarcisio M. Mascagni OSM, ha arrojado nueva luz sobre la figura de Sostenes M. Viani. Es famosa la controversia sobre los "ritos chinos" que se prolongó hasta el pontificado de Pio XII. Se discutía si aceptar o no, que en las oraciones y en los ritos fúnebres de los cristianos chinos se incluyeran palabras y ritos cuya forma, que no la sustancia, proviniese de la religión china, en especial el confucianismo. Con la intención de poner fin a la controversia que dividía incluso a los misioneros, la Santa Sede había enviado a China en los primeros años del siglo XVIII al joven monseñor Carlos Tomás Maillard De Tournon, nombrado después cardenal. Este no logró nada y terminó sus días, en 1710, en las cárceles de la colonia portuguesa de Macao, en la frontera con China. En 1719 mandó un segundo legado en la persona de Carlos Ambrosio Mezzabarba, de treinta y cuatro años, patriarca de Alejandría y futuro obispo de Lodi. Mezzabarba quiso que en su séquito estuvieran también dos frailes siervos de María: Juan Domingo Fabris y Sostenes M. Viani, que después sería elegido prior provincial (1734-1737) de la Provincia Genovesa (llamada después Piamontesa). Viani escribió sus memoras en el viaje de la legación de Mezzabarba. Se conservan tanto el original como las copias casi contemporáneas del manuscrito. El diario de Viani resulta ser un texto sereno y objetivo, pese a que fue escrito para uso

del autor y, casi ciertamente, para su amigo Mezzabarba que deseaba tener una relación fiel de los hechos para utilizarla en las interminables discusiones provocadas por la controversia sobre los ritos chinos. Poco después de la muerte de Viani (1739), el editor Lami de Lucca publicó un ejemplar mutilado del "diario", con falsas indicaciones de la ciudad donde se editaba y otros detalles igualmente erróneos, suavizando entre otras cosas todo cuanto podía molestar a los interesados en una versión parcial de los hechos. (Basándose precisamente en esa versión mutilada, Pastor incluye acriticamente en su Historia de los Papas la insinuación mordaz de algunos autores: el escrito de Viani no sería más que "una novela calumniosa" y "una relación parcial"). Por el contrario, el documento tiene gran interés y pone de relieve la noble, docta y polifacética figura de fray Sostenes M. Viani, Además de la agradable narración del viaje de ida y regreso de la legación de Mezzabarba, viaje lleno de peripecias que fue descrito con un vivaz realismo y que contiene abundantes y ricos apuntes geográficos.

La segunda edición de los Annales de la Orden (la primera, obra de fray Arcángel Giani entre los años 1618-1622, había sido publicada en dos volúmenes) estuvo a cargo de fray Luis M. Garbi y fray Placido M. Bonfrizieri y se editó en tres volúmenes en 1719, 1721 y 1725. Esta actualizada hasta 1725 y, en parte, examina también la edición completa de Giani, pero recurre a la sabia táctica de distinguir el texto de Giani y las añadiduras posteriores. Fray Luis M. Garbi, profesor en Pisa y que dos veces (1701-1704 y 1719-1722) fue provincial de Toscana, efectuó muchos viajes después de ser nombrado analista de la Orden, cargo que desempeñó de 1712 hasta su muerte (1722). Intereses más amplios cultivó fray Placido M. Bonfrizieri (muerto en 1732), ex ermitaño de Monte Senario y autor Además de numerosas obras morales y ascéticas. A él debemos también una biografía de fray Pierre Paul Perrier Dupré, "el portero santo", de quien ya hemos hablado. Bonfrizieri también fue secretario del prior general fray Calixto Lodigieri.

Destacada figura de los Siervos de María fue el brasileño Antonio (fray Hugo M.) Días Quaresma (1681-1756). Llegó de Brasil a Roma para obtener indulgencias en favor de una confraternidad de Bahía llamada "Esclavos de Nuestra Señora"; conoció allí al prior general Pieri y, tras una breve estancia como terciario en el convento romano de San Marcelo, fue admitido al noviciado a los 52 años de edad y ordenado sacerdote en 1733, en Gubbio, por el obispo Sostenes M. Cavalli. Partió de Roma en 1734, llevando consigo unas constituciones especiales aprobadas por el papa Clemente XII para una tercera orden regular de los Siervos de María que fundaría en Brasil y de la cual el propio Días Quaresma había sido nombrado superior y vicario general. Fundó un hospicio en Lisboa en el cual admitió también a religiosos, pero no consiguió autorización de la Corte para regresar a su patria. Murió en la capital portuguesa en 1756.

Se acostumbra decir que fray Felipe M. Serrati fue misionero en China. A su vida dedica varias páginas el libro, todavía útil hoy, publicado en 1925 por fray Sostenes M. Berardo: *Le Missioni dei Servi di María*.

Nacido en Lodi en 1703; fray Felipe M. Serrati terminó sus estudios en el Colegio de Gante en Roma (pero fue asignado al convento de Santa María en Vía) y logró, en 1732, ser enviado como misionero a China. El prior general Pieri lo nombró vicario general de los países a donde llegase, concediéndole Además la facultad de fundar confraternidades de la Virgen de los Dolores, de imponer el hábito a terciarios y terciarlas, de bendecir las coronas e indulgenciarlas, de fundar conventos y de imponer el hábito de religioso Siervo de María. El padre Serrati partió a fines de 1732 junto con un grupo de misioneros de otra orden religiosa. Llegó primero a Macao, luego a Pekin y, en 1738, a Luga-fu, localidad situada en la provincia de Shanxi, donde permaneció hasta 1744. Fatigado y enfermo, debió regresar a Italia. Su actividad, por lo menos en China, no tuvo éxito.

Una representante ejemplar de la vida claustral fue María Elegida de Jesús, fundadora del monasterio o de Mónaco en Baviera. Había nacido en Dresde (Sajonia) en 1671, de una familia noble y de religión luterana, y había ingresado al monasterio de las religiosas de Santa María del Llanto en Venecia; en 1715 dejó este monasterio para fundar, al año siguiente, la comunidad de clausura de Mónaco en Baviera, con la adoración diurna y nocturna del Santísimo Sacramento. El monasterio o se yergue todavía hoy en el corazón de la capital de Baviera y ha logrado superar, sin intermitencias,

las peripecias de las supresiones, lo mismo que las calamidades de la Segunda Guerra Mundial. La fundación de este monasterio hacía remontar sus orígenes también a las Constituciones de 1729, como ya antes las de Venecia (1669) y las de Arco (1699), a la Congregación eremítica de Monte Senario.

Una página aparte merece la erección, hacia fines del siglo XVIII, de la Tercera Orden en México. Desde 1687 existía en la Ciudad de México una "compañía de los Siete Dolores", reconocida diez años más tarde por el prior general fray Juan Francisco M. Poggi, Muy pronto hubo que dar a conocer quiénes eran los religiosos que desde la lejana Italia se dedicaban a la propagación de esta forma particular de culto Mariano. En 1699 se publicó en español, en la Ciudad de México, una "Breve Relación sobre el origen de la Orden de los Siervos de María", que casi seguramente fue el primer libro sobre la Orden publicado en América. Por lo que respecta a nuestro período, no se olvide que en 1777 el papa Pio VI concedió a la diócesis de la Ciudad de México autorización para celebrar la misa y el oficio de la Virgen de los Dolores según el ritual propio de los Siervos de María. En una lista de los primeros años del siglo XVIII, la cual con tenía el nombre de ilustres personalidades españolas pertenecientes a la Tercera Orden de los Siervos de María, se encuentra también el obispo de Puebla Manuel Fernández de Santa Cruz. El obispo era español y, según se sabe, existían en España numerosos grupos de terciarios, comenzando con el de Barcelona que había sido fundado en 1663. Otro grupo se encontraba en Segovia, y precisamente en esta ciudad Manuel Fernández de Santa Cruz había sido canónico antes de ser nombrado obispo de Puebla. En esta localidad favoreció la devoción a la Virgen de los Dolores y, en particular, la confraternidad del mismo nombre. A fines del siglo XVIII, como lo indican las investigaciones de Damián M. Charboneau OSM, encontramos en México una floreciente Tercera Orden, aunque todavía no había en ese país ni conventos ni monasterios de la Orden. El primero será fundado en México en 1948, pero como hemos visto las raíces de la Orden en América Central se remontan hasta tres siglos atrás.

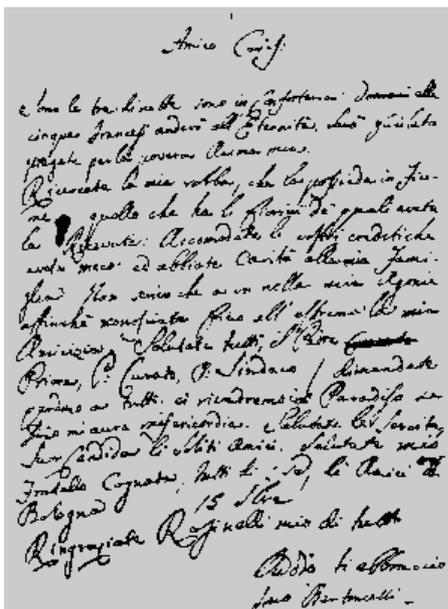


Dos figuras de los siervos están vinculadas, por diversas razones, a Napoleón Bonaparte. Nos referimos a Carlos Francisco Caselli y Amadeo Bertoncelli. El primero, por su participación en calidad de asesor teológico de Spina (y, por lo mismo, del cardenal Consalvi) en los arreglos pacificadores entre Napoleón y la Santa Sede, gozo siempre de la estimación del emperador francés quien le ofreció incluso la sede archiepiscopal de París. Y el aprecio fue recíproco pues Caselli no le dio la espalda a Napoleón ni siquiera cuando cayó en desgracia; hasta su muerte (1828) fue consejero de María Luisa de Austria, duquesa de Parma, de cuya diócesis Caselli fue Obispo durante 24 años cuando ya era cardenal. Pero, como se ha señalado, no deja de sorprender que Caselli se haya mantenido ajeno a la suerte de la Orden en el período en que él

gozaba del favor de Napoleón. Su co-hermano, y también maestro de teología, el conocido predicador fray Amadeo Bertoncelli (1769-1809), después del éxito obtenido en unos ejercicios cuaresmales predicados en Viena, fue portador de una misiva enviada al papa por el nuncio apostólico. Partió de Viena el 6 de mayo de 1809 y, apenas arribado a Semigalla, fue arrestado y encarcelado porque, así decía la acusación, tenía en su poder correspondencia secreta con la corte de Roma. Fue fusilado por los franceses el 16 de septiembre de 1809 en Ancona. Afrontó la muerte con gran dignidad y valor. Transcribimos el texto de la carta escrita por él pocas horas antes de ser fusilado y dirigida a su amigo fray Jerónimo Tonelli del convento de San Lorenzo en Budrio (Bologna). La carta reza así:

"Queridísimo amigo. Son las tres de la mañana: estoy en capilla. Mañana a las cinco llegaré a la eternidad. Me fusilarán. Rogad por mi pobre alma. Buscad mis cosas; las hallaréis en Fiume con el que tiene los florines cuyo recibo esta en vuestro poder. Arreglad lo tocante a los créditos que me habéis concedido y tened piedad de mi familia. Solo escribo a vosotros en mi agonía para que conozcáis la gran amistad que siento por vosotros. Saludad a todos: al padre prior, al párroco, al alcalde. Pedid perdón a todos en mi nombre. Nos veremos en el paraíso, si Dios tiene misericordia de

mi. Salud a las servitas, a sor Candida, a los amigos de siempre. Salud a mi hermano, a mi cuñada, a todos los de mi familia, a los amigos que viven en Bolonia. 15 de septiembre. Agradeced a Rasínelli por todo. Adiós y un abrazo. Soy Bertoncelli".



No está suficientemente comprobada la tradición según la cual la orden de ejecutar a Bertoncelli habría sido dada en un telegrama personal de Napoleón dirigido al general Pouchin con las palabras: "Fusiladme a Bertoncelli".

¿Se enteró Caselli del arresto de su cofrade? ¿Intentó intervenir en su favor? Estas preguntas merecen una investigación.

Es interesante puntualizar que, precisamente en el período más turbulento de fines del siglo XVIII y principios del XIX, llegaron a constituirse en forma estable dos monasterios de monjas Siervas de María.

Durante 1799, por iniciativa de Vicente Masturzi que quiso fundar un monasterio para su hija Isabel (después sor María Juliana), se inicia en Roma la vida comunitaria y contemplativa de aquellas que serán las Mantellate Siervas de María (religiosas terciarias). Entre ellas se encontraba la venerable María Luisa Maurizi que, junto con otras religiosas, comenzó el noviciado en 1803 (fecha de la fundación del monasterio) y el año siguiente hizo la profesión religiosa ante el papa Pio VII. Las discípulas de ella todavía llevan, en la colina de Fanella en Roma, una vida claustral y su monasterio forma parte de la federación italiana de monjas servitas.



En 1977 la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos promulgaba el decreto sobre la heroicidad de las virtudes de María Luisa Maurizi, el centésimo quincuagésimo aniversario de cuya muerte que fue solemnemente recordado en 1981.

En Reggio Emilia surgía en 1805 el monasterio de las Siervas de la Virgen de los Dolores, trasladado después en 1887 a Montecchio Emilia y conocido con el nombre de Santa María del Olmo, tornado del nombre del antiguo convento de los religiosos en el cual viven hoy. La historia de esta fundación, escrita por sor María Magdalena de Jesús (Piazza) que fue la iniciadora, se publicó recientemente (1980) con una amplia introducción de sor María Ignacia Danieli y una serie de diseños gráficos de Florencio M. Gobbo OSM. Entre otras cosas, en el escrito se menciona el

interés que Caselli mostró por este monasterio. Y para concluir, una breve mención a algunas de las figuras más significativas en el siglo XVIII. Entre los no pocos religiosos que se dedicaron a la música en ese período (Jerónimo Celotti,

Ángel Ferialdi, Cayetano Vogel, Luis Braccini) sobresalió fray Atilio Octavio Ariosti (Bologna, 1666 - Inglaterra, 1729), compositor y autor de numerosas obras teatrales, de oratorios, de cantatas, arias, sonatas. Fraile muy inquieto, por describirlo en términos eufemísticos, estuvo en las cortes de Mantua, Berlin, Viena y Paris. En 1722, forma parte de la dirección de la Royal Academy of Music en Londres.

Buen escultor y grabador fue fray José Salvetti (m. 1739), originario de Florencia, que nos ha dejado bustos y retratos de algunos siervos de María de su época.

Fray Alejandro M. Bandiera (1699-1765), ex sacerdote senés de la Compañía de Jesús, fue un literato de gran talento y tradujo a Cornelio Nepote y a Ciceron. Fue muy estimado por Parini. En cambio, fray Luis Earoni (1723-1809), bibliófilo y numismático, fue un fino reseñador y crítico de libros, y también reordenador de bibliotecas. Escapó de Francia después de la Revolución Francesa y reingresó en el convento de Lucca, donde organizó una biblioteca rica en manuscritos y ediciones raras.

Un historiador de gran valor fue José Jacinto M. Bergantini (1691-1774), algunos de cuyos escritos fueron destruidos en el incendio del convento de Venecia en 1769. Fue estudioso y defensor de Sarpi.

El elenco debería continuar pues de lo contrario omitiríamos el nombre de otros religiosos distinguidos. A continuación mencionamos algunos: fray José Antonio Brusa, precursor en el campo de los experimentos aeronáuticos, junto con fray Luis Poletti, los dos boloñeses y discípulos de fray Jerónimo Malisardi (m. 1796); fray Carlos Antonio Tassinari (m. 1731), quien durante muchos años fue director espiritual de Santa Verónica Giuliani; fray Carlos Traversari (1739-1818) teólogo, y fray Roberto M. Costaguti (1732-1818), primer rector y organizador de la universidad de Malta y después obispo de Sansepolcro por cuarenta años; el destacado teólogo tirolés fray Cesario M. Shguanin (1692-1769).

Fechas memorables

1712	Muerte de sor María Arcángel Biondini, fundadora del monasterio de Arco.
1714	Los conventos de Alemania son divididos en dos nuevas provincias: Alemania (subdividida en 1756 en austriaca y tirolesa) y Bohemia.
1719	Fundación de Monterano.
1719-1723	Los Siervos de María fray Juan Domingo Fabris y fray Sostenes M. Viani participan en la legación de Monseñor Carlos Ambrosio Mezzabarba en China.
1719-1725	Segunda edición de los <i>Annales</i> de la Orden a cargo de fray Luis M. Garbi y fray Placido M. Bonfrizieri.
1726	Canonización de San Peregrino Laziosi.
1727	Se aprueban las Constituciones de la Observancia alemana.
1731	Muere fray Carlos Antonio Tassinari, director espiritual de Santa Verónica Giuliani.
1732	Parte rumbo a China fray Felipe M. Serrati. Retorna a Italia en 1744.
1733	Ordenación sacerdotal del primer siervo de María latinoamericano, el brasileño Antonio (fray Hugo M.) Días Quaresma.
1737	Canonización de Santa Juliana Falconieri.
1742	Muerte de sor María Elegida de Jesús, que en 1716 fundó el monasterio de Mónaco en Baviera.
1769	Publicación del <i>Methodus</i> , o programa de estudios, del prior general fray Francisco Raymundo Adami.
1770	Decreto real con el cual se suprimen los conventos de la Orden en Provenza.
1772	Supresión en el territorio de la República Véneta.
1778-1779	Supresión de la Congregación eremítica de Monte Senario por disposición del papa.
1780-1790	Reinado del emperador José II. Supresiones, josefinistas de órdenes y Congregaciones religiosas.

- 1798-1799 Primera "República Romana". Continúan las supresiones de las órdenes religiosas en los territorios ocupados por los franceses.
- 1801 Concordato entre Napoleón y Pio VII. En él participa fray Carlos Francisco Caselli, ex prior general (1792-1798), después nombrado cardenal (1802) y obispo de Parma (1804-1828).
- 1803 Fundación del monasterio claustral de Roma.
- 1805 Fundación del monasterio de Reggio Emilia (desde 1887 en Montecchio Emilia).
- 1809 Exilio del prior general fray Luis Bentivegni. Fusilamiento de fray Amadeo Bertoncelli.
- 1810 Supresión general de Las órdenes religiosas, decretada por Napoleón I.

Antología

Varias veces he tratado de profundizar en la grandeza de los dolores de Cristo según la doctrina del doctor angélico, y he descubierto que, siguiendo sus reflexiones, un nuevo y más profundo motivo de sufrimiento para el corazón del Redentor fue ver sufrir y llorar a su Madre y a su discípulo amado. Son muchos los santos que atestiguan, y la misma razón lo prueba claramente, como esta presencia ocasiono una singular y profunda amargura que nuestra mente apenas si acierta a entender. He aquí las palabras que al respecto dice San Agustín: "¡Oh Señor mío Jesús!, es verdad que te atormenta la cruz, pero no menos te atormenta la presencia de tu Madre. Te aflige ciertamente tu dolor; pero no menos te aflige el de ella". También San Bernardo expresa un pensamiento parecido al decir: "Por el momento hablamos de la cruz de Cristo; pero dime, no crees que le causo un hondo dolor a su corazón tan tierno ver a su Madre que sufría al pie de la cruz, contemplar su corazón traspasado por una espada de dolor tan cruel? El sufrimiento de la Madre sin duda intensificó por cierto el dolor de las llagas del Hijo, quien contemplaba a la Madre junto a la cruz, con el corazón lleno de dolor". Y San Buenaventura añade entre lágrimas: "Consideremos, pues, la amargura que invadía el corazón de Jesús, dulzura de los Ángeles. No solo sufría por el peso de nuestras culpas e ingratitud, sino más bien por la presencia de su Madre a quien tanto amaba y a quien ahora veía casi abrumada bajo el peso del dolor. Era un sufrimiento demasiado fuerte, intensificado por el amor profundo y reciproco que los unía en el sufrimiento".

Y fue precisamente eso: un dolor demasiado grande, una amargura inefable.

Seguramente Cristo habría aceptado otra cruz y otra flagelación y espinas, con tal de quitar aquella espada tan cruel del corazón de su Madre dulcísima. Pero el designio del eterno Padre era totalmente diferente: por ello un dolor muy profundo afligía a su Hijo. Allí estaba aquella Madre frente a quien se eclipsan las virtudes y privilegios de dignidad de todas las demás criaturas. Allí estaba la Madre que se había hecho digna de abundantes y sublimes méritos, al grado de ser coronada con estrellas. Allí estaba la Madre de un corazón tiernísimo, del regazo maternal, del seno virginal. Y Jesús la veía cerca, sumergida en un mar de dolor a causa de los sufrimientos de él. Delante de su Hijo crucificado, veía las llagas, oía los escarnios, contemplaba el tormento de la cruz. Como atestigua San Jerónimo, por su hijo sufrió más que una mártir. Y el Hijo, pero qué hacía su Hijo por una Madre tan excelsa? ¿Qué hacía, vuelvo a preguntarme, el más amado de todos los hijos, que comprendía todos los dolores inexplicables, siempre tan atento con su Madre, siempre tan amantísimo? Nuestra inteligencia no acierta a pensar sino solo esto: que realmente era un dolor demasiado grande (. . .)

Leo otra prueba que se refiere al dolor de Cristo en la cruz. Lo que lo hacía sufrir era la profunda preocupación - por su Madre; por ello, como queriendo dar una prueba palpable de su angustia tan íntima, la confió a los cuidados del discípulo diciendo: "He aquí a tu Madre". Escuchemos al respecto lo que dice San Juan Crisóstomo: "El Señor Jesús demuestra el grandísimo amor (y, por tanto, una tiernísima compasión) por su Madre; por ello la confía al discípulo. Nos

enseña así a cuidar con esmero a quienes nos dieron la vida y esto hasta el último suspiro". Nuestros padres nos han donado la vida mortal, por lo cual tenemos la obligación de cuidarlos con la generosidad de que Cristo nos dio ejemplo en su extrema agonía.

"El que abandone a su padre es como un blasfemo, quien insulte a su madre es maldecido por Dios" (Si 3, 16).

Al mismo tiempo vemos otra Madre, que con un parto doloroso nos da a todos la vida del espíritu. Es la Virgen Santísima. Cuando estuvo al pie de la cruz, mereció recibarnos a todos como hijos suyos: aprendamos, pues, el ejemplo de Cristo y amemos a esta Madre y, amándola, aprenderemos a llorar por sus dolores. El Hijo quiso confiar toda la iglesia a los cuidados de ella en la persona de Juan. Y la piadosa Madre ofreció por nosotros sus dolores al eterno Padre. Esta es, pues, la obligación de los cristianos: pagar con amor el amor de una Madre tan grande. Por eso procuremos compartir sinceramente sus sufrimientos y cada día ofrezcámosle nuestra gratitud constante y devota. Escuchemos atentamente estas palabras que fueron casi las últimas que pronunció Cristo en su agonía: "He aquí a tu Madre". Las dijo para enseñarnos a cuidar con esmero hasta el último instante de nuestra vida, a aquellos que nos dieron la vida. Este parto místico de María superaba inmensamente todos los dolores de todas las madres. Por eso, os suplico en nombre de esos dolores que no seamos tan ingratos que pongamos el culto a la Virgen de los Dolores casi en último término o que lo externemos con un servicio poco adecuado. El Hijo pende desolado del patíbulo de la cruz, terriblemente herido, puesto en condiciones lamentables por una crueldad, muy refinada. Casi se olvida de sí mismo y, como único consuelo, pedía solo esto: que Juan, y con él todos los fieles del futuro, acogiese a la Madre desolada. La gravedad del momento exige aceptar la última voluntad del Redentor agonizante. Por tanto, si todavía existe en el corazón del hombre un poco de gratitud, repitamos muchas veces con corazón contrito las palabras del doctor seráfico:

"un dolor demasiado grande se produjo por el amor intenso y recíproco que los unía en el sufrimiento". Repitémoslas y acojamos con nosotros a la Virgen de los Dolores.

Extracto del opúsculo de fray Crisólogo M. Greimbl OSM (1729-1804) titulado *Maximus Christi patientis dolor iuxta doctrinam divi Thomae Aquinatis piae considerationi propositus a quodam sacerdote s. Ordinis Servorum B. V. Mariae provinciae Tyrolensis* (El máximo dolor de Cristo en su Pasión según la doctrina de Santo Tomás de Aquino, propuesto a la pía consideración por un sacerdote de la Sagrada Orden de los Siervos de la B. V. María de la Provincia Tirolense)!, Augusta e Innsbruck, 1762 (pp. 83-86 y 91-93). Traducción de Faustino M. Faustini OSM